

## Reseña de libros

Escribe: ANTONIO PANESSO ROBLEDO

JOAN DE CASTELLANOS. *Por Mario Germán Romero.* Imprenta del Banco de la República. Bogotá.

¿Por qué se les ocurre a tantos mortales escribir historia en verso? Es un misterio que no puede resolverse con la sensibilidad moderna. Ni siquiera los españoles de ahora, tan parecidos a los españoles del siglo XVI (y a todos los españoles que ha habido en todos los tiempos) tendrían la ocurrencia de contarnos la historia de aquellas legendarias aventuras en un río de prosa rimada e impresa de tal manera que pareciese poesía. Pero no es siempre infructuosa la tremenda tarea de leerse al Beneficiado de Tunja, don Juan, como lo ha hecho el presbítero Mario Germán Romero, con el final resultado de un libro (*Joan de Castellanos, un examen de su vida y de su obra*, Banco de la República, Biblioteca Luis-Angel Arango). Poco a poco fue desapareciendo el fastidio, cuenta el autor, de los millares de octavas y versos sueltos, al hallar de pronto la gracia socarrona del andaluz, el dato inesperado, la locución curiosa o el refrán oportuno.

Es exacto. Si podemos tolerar el barroco literario de la época, se le puede sacar gusto y provecho aun a don Juan de Castellanos, quien debió ser un delicioso cronista en prosa y de viva voz, quizá el primer periodista de la historia colombiana, en lo que tiene de instinto por la descripción, la noticia, el suceso curioso, el dato humano.

La obra del padre Romero es una tarea crítica y de orden, con un análisis de la obra por temas y un aparato impresionante de elementos eruditos para fuentes, comentarios y comparación de materiales históricos. En la parte que trata de los *Mitos de la conquista*, el autor da a entender, aunque no muy explícitamente, que la mitología de los libros caballerescos, los que hicieron perder el magín a Don Alonso Quijano, influyeron también en don Juan de Castellanos, que acaso los tomaba en serio alguna vez. Creo que la influencia es puramente literaria. Don Juan no tenía solamente gracia andaluza sino también malicia indígena. En lo relativo a la leyenda de las *Amazonas*, don Juan no cree ni una sílaba. Como buen español, sabe que las mujeres no viven solas cuando pueden remediarlo. "Novela liviana", llama el Beneficiado a ese cuento, falsamente atribuido a Orellana por el mismo Castellanos. El padre Romero demuestra —o mejor, recuerda— que la fuente del mito de las amazonas se debe al mismo

Colón, según Las Casas, y extendido después por Europa merced a la popularización que hizo Pedro Mártir de Anglería, en las *Décadas*, aparte de que esas historias, ahora como entonces, siempre han tenido mucho más atracción para la fantasía popular que los fríos datos de la historia objetiva. Además, tienen frecuentemente, como en este caso, el respaldo de la tradición clásica, con el relato de Herodoto, un historiador mucho más crédulo que don Juan de Castellanos.

Las historias de las mujeres en la conquista es una de las partes más deleitosas de la obra. Las mujeres indias, como la india Teresa, eran a veces tan listas y avisadas como el más pillo de la picaresca. El padre Romero se duele públicamente de que el cronista de la conquista narre cuentos de subido color, que no están de acuerdo "con la gravedad de los hábitos que vestía". Olvida el autor que el Beneficiado era de Tunja, pero nacido en la España del Renacimiento. Por eso es perfectamente natural que nos haya conservado el retrato de las indias venezolanas, afortunadamente no muy distintas de las venezolanas de ahora:

*Trigueñas, altas, bien proporcionadas  
en habla y en meneos agraciadas.*

Hasta las maniriguas y las catías le merecen al Beneficiado algún verso, una rápida descripción de sus lindos ojos, lisas frentes, gallardía y bello parecer. Y aun las reacciones de los indios, que en los celos al menos no desmerecían de sus conquistadores, como lo supo muy a su pesar aquel don Francisco Muñoz, a quien mató la flecha de un indio que no quiso convenir con que le quitaran a su mujer.

Quien haya decidido definitivamente no leerse los millares de octavas de don Juan de Castellanos tiene como sustituto leerse el libro del padre Romero, quien prescinde castamente de las lascivas historias de don Juan, pero en cambio hace una excelente presentación de las *Elegías*, dentro del marco histórico de la época, y de ese curioso personaje que vino a Tunja a dejarnos para siempre el documento de los varones ilustres de las Indias.

## LA NOVELA CIENTIFICA

Como la naturaleza imita al arte, no es extraño que el arte se le adelante a veces a la naturaleza. La "ciencia ficción" o novelas científicas de nuestra época constituyen ya una forma característica de ese intercambio, de esa simbiosis entre ciencia y civilización, entre arte y tecnología. En 1944, una novela de anticipación hablaba inocentemente de un explosivo que podría emplear las fuerzas tremendas que unen los elementos de la materia. En otras palabras, hablaba de la bomba atómica, antes de que funcionara, pero justamente en el momento en que el Proyecto Manhattan estudiaba secretísimamente las probabilidades técnicas de esa arma que ganó la segunda guerra mundial.

Fue ese un caso curiosísimo pero nada improbable y que posiblemente se ha repetido ya en la historia de la tecnología. Pero la intuición del futuro en el escritor tiene sus límites, precisamente allí en donde la ciencia experimental entra como factor decisivo. La ciencia ficción tiene la característica necesaria de que altera las condiciones que consideramos nor-

males de la vida nuestra: la gravedad, por ejemplo. En un libro reciente (*Mission of gravity*, por Hal Clement) se describen criaturas que viven en un planeta cuya gravedad varía de 10 a 700 veces la misma fuerza en la tierra. Esa sola circunstancia varía fundamentalmente las condiciones de la vida, no solo desde el obvio punto de vista biológico también social. En el libro, nosotros nos comunicamos por radio con esos seres. Ese problema de la comunicación ya de por sí crea otros, de índole filosófica y científica, que plantean a su vez otros, por ejemplo: ¿cuáles son las bases que debemos presumir comunes a cualesquier seres inteligentes?

Bertram Chandler (en *The cage*, Penguin Science Fiction) plantea este problema de la comunicación de manera dramática. Unos seres humanos son atrapados por seres de otros planetas y puestos en una jaula, exactamente como nosotros cogemos animales de experimentación. Los humanos, que no tienen manera de comunicarse directamente, piensan en lo mismo que están pensando los científicos ahora como medio común con otros posibles seres inteligentes: las matemáticas. Uno de los cautivos dibuja en el suelo el teorema de Pitágoras, con la esperanza de que sus captores comprendan. Pero los muy bárbaros (o muy "humanos", en realidad) interpretan el dibujo del triángulo con sus dos cuadrados de la manera más inesperada: que los animales terrígenos están en época de celo. Y les traen sus mujeres a la jaula. Los terrígenos se alegran de la venida de sus parejas pero naturalmente fracasan en su intento de comunicación. Hasta que se le ocurre a otro la manera de comunicarse: hace una jaulita pequeña, semejante a la que les sirve de prisión, atrapa un ratoncito y lo mete dentro. Al mostrarles a los "marcianos" su hazaña, los otros comprenden claramente lo que el otro quiere decir: "solo seres inteligentes meten a otros seres en una jaula".

La ficción científica ha desempeñado de esa manera el papel de catalítico para comprender mejor los hechos de nuestra propia civilización. Ya el hombre ha tenido que enfrentarse con el problema de la comunicación con otros seres con los cuales no tiene intelectualmente nada en común, o casi nada, y cuyo modo de vida difiere del nuestro civilizado como podría ser diferente el de un venusino. Son los hombres *primitivos* o *salvajes* que analizan nuestros antropólogos. Claro que puede ser más fácil la comunicación con un salvaje de Nueva Guinea que con una araña proveniente de un planeta de Alfa del Centauro. Lo que se quiere decir es que los problemas fundamentales de comunicación son los mismos.

Los novelistas de tipo científico carecen casi siempre del equipo mental necesario para prever las objeciones a las creaciones de su fantasía: los que nos presentan grandes hormigas "humanizadas", de un mundo extraño pero posible, se basan en la idea de que la hormiga terrestre ha alcanzado un alto grado de vida social. Probablemente es una idea errada. En la vida de las hormigas, como de las abejas, la vida individual no existe. Cada elemento, cada animal, actúa más bien como parte de una célula monstruosa. No es coincidencia que las organizaciones políticas que destruyen al individuo se organicen precisamente en forma de "células". La división del trabajo entre hormigas, como entre abejas, es probablemente la manera más contraria al surgimiento de la vida inteligente. Y también eso es producto, en parte, de la ficción científica.